

# GALICIA HISTÓRICA

## Hoja de historia y documentos compostelanos

Año 4. Nº 31. Marzo, 2019.

MINIATURAS Y DIBUJOS APÓCRIFOS. SOLEMNIDAD, AUSTERIDAD Y HUMOR EN LA LITURGIA

Los libros de Coro de la Catedral son uno de tantos elementos que, perdida su función originaria, sufrieron el olvido hasta que los recuperamos con su valor histórico. Esa función perdida justifica que algunos tengan los signos del abandono que se notan en problemas de humedad o marcas de roedores, pero también que otros hayan sido actualizados y reutilizados, dando muestra también de las actualizaciones litúrgicas progresivas. Así se entienden algunas muestras de “palimpsesto” del que no suelen quedar muchos testimonios perceptibles, en cantorales que reutilizan folios de pergamino de gran tamaño y también valor material. Algunos incluso nos lo indican, con expresiones como “renobavit” (cantoral 12) o “fecit construxitque” (cantoral 58) incluso leyendo la fecha originaria y la nueva en algún lugar. En volúmenes de media de 50cm de ancho y más de 70cm de alto con tapas de madera y nervios de cuerda gruesa la expresión “construir” o montar es más que apropiada. En algunos el efecto de deterioro permite una “disección” enormemente didáctica del volumen para comprender la “construcción” de un libro realmente enorme.

Por otro lado la liturgia, tanto la misa como las horas canónicas, dentro de su cambio tiene una permanencia que, faltando el coro como espacio físico, y perdiendo su utilidad sus cantorales, al mismo tiempo nos es fácil reconstruir y recrear porque salmos, oraciones, fiestas, fechas y el calendario litúrgico siguen hoy vivos, aunque actualizados.

El propio uso deja traza en la composición: desde algunos cantorales finales en la serie y en el tiempo (segunda mitad del siglo XIX) donde desaparece la notación musical y simplemente hay texto para recitar, hasta los cantorales que van actualizando oficios en fechas significativas: en 1752 se hace un único cantoral para la fiesta por fin aprobada de Clavijo (tardía por tanto) con un gran despliegue, inusual, de ilustraciones jacobeanas sobre el tema (cantoral 48). En cantorales sucesivos se reflejará en fiestas afines, como el hallazgo de la santa Cruz (hoy simplemente fiesta de la Santa Cruz) y seguirá apareciendo en otras que nada tienen que ver con esas miniaturas de “triumfos” clásicos de victoria bélica en la liturgia (cantorales 60 y 61).

Otras miniaturas ya han aparecido en esta hoja embelleciendo, adornando y celebrando la Navidad (todo eso hacen las miniaturas) en cantorales diversos como los nº 9 y 21, que dan idea de que sucesivamente se elaboraron diversos renovando el canto de la liturgia y conservando o anterior. A las

puertas de la Semana Santa no podemos dejar de notar la única miniatura del cantoral 59, apenas conocida, a folio completo (“miniatura” de aprox. 75x50cm) que recrea la Última Cena rodeada de los elementos de la Pasión, no “literal” o “históricamente” sino en función de su celebración tampoco litúrgica sino para-litúrgica en las prácticas de piedad y procesiones de Semana Santa: sudario, cruz, clavos, lanza, etc. Los cantorales de la Semana Santa reflejan también en su elaboración, y la música por supuesto, la solemne austeridad y rigor de esos días. Igualmente la preparación previa en la Semana de Pasión, Ramos (“Palmarum”) y “ferias” de Semana Santa, lunes a miércoles santo (cantoral 12). Alguno de los cantorales modernos ya ni siquiera aporta notación musical, pentagrama, sino sólo el texto, paradójicamente, aunque se entiende desde la práctica del recitado de salmos con melodías recitativas sencillas comunes a todo el texto.



El citado cantoral 12 contrasta en el rigor y solemnidad de la Pasión, el contexto, y una inesperada decoración añadida sobre las letras. Las iniciales decoradas son la iluminación más habitual de los cantorales, pero las de este cantoral han sufrido una decoración añadida mucho menos solemne y seria, sin poder saber de quién, como es lógico. Sobre diferentes letras hasta en 16 casos se han pintado rostros humanos cómicos, nada irreverentes, salvo por el hecho en sí. No son tan accidentales como otros dibujos a lápiz en algunos folios de otros cantorales como el 60, donde alguien fue dejando su firma de haber cantado por ahí, o incluso representó a uno de esos roedores que nos han dejado huella para la historia. Estos dibujos son a color, en ténpera, con la atención de no alterar la letra sobre la que se montan, a veces incluso abriendo su boca para “comérsela” o enfrentándose en folios opuestos. No sabremos si contaban con que no se verían bien a distancia

desde el facistol, por su tamaño, si ya el uso de ese cantoral era menor o ninguno, u otras preguntas curiosas al respecto. Recuerdan a otros rostros sobre las letras que no se duda son decoración original, vista en otros contextos de la época como decoración casi de máscara teatral (cantoral 59). Con todo se mueven entre la decoración oficial y lo apócrifo. En todo caso ahí ha quedado para la historia la solemnidad del arte musical y pintado más serio, y esa relajación humorística sin alcanzar la irreverencia que ocasionalmente, entre la gravedad y seriedad de los documentos históricos, se nos deja ver y en esta hoja mostramos.

Francisco Buide del Real



HISTORIA EN TIEMPOS DE DUDA DESDE LA PLUMA DE MANUEL MURGUÍA.

Vienen tiempos oscuros, parece. Nos rodea hoy el ruido de lo vago en la consideración de lo histórico, del pasado; momentos de brocha gorda más que pincel fino, de frase y exabrupto más que comentario analítico o ponderado. El historiador/a (medievalista, modernista, del arte...) es, o debiera, *rara avis* en la contemporaneidad, tozudo en encajar hechos en contextos, afirmaciones en razonamientos, pensamiento crítico por naturaleza. Poco parece interesar hoy día. No viene el estudio de la Historia para no repetir errores del pasado, frase manida pero ciertamente vaga. Vendrá su beneficio no sólo en el cultivo o disfrute personal sino en el desarrollo de ese razonamiento crítico y analítico, en el sometimiento de los acontecimientos presentes a la comparativa en su evolución desde el pasado, en interiorizar un «pensar como historiador@» que ante cualquier afirmación bruta, basta, gruesa, abra ya de primeras las preguntas «¿Es eso verdad?» «¿Cómo?» y «¿Por qué?». Una cuestión no de historiadores, sino de ciudadanos.

Los clásicos siempre vienen en nuestra ayuda. La promoción, el beneficio y el impulso de la Historia como disciplina (con su vecinas, Historia del Arte, Arqueología...) no sólo académica y en salones bibliotecarios sino como habilidad o herramienta que debe ofrecerse a cualquiera que desee emplearlas, viene ya de antiguo en Galicia. Traemos estas reflexiones al caso por un descubrimiento reciente. El profesor Miguel Taín Guzmán, gran historiador del arte, investigador y asiduo del Archivo de la Catedral, nos ofrecía, generoso, hace

pocos días su hallazgo de un texto inédito: una carta del erudito Manuel Murguía remitida al cabildo catedralicio en 1868 (ACS, IG 330). En ella cursa invitación a un evento de la Sociedad Económica de Amigos del País:

*Tengo el honor de remitirle a V.E. las adjuntas circulares invitatorias para la reunión que en el salón principal de la Sociedad de Amigos del País de Santiago se trata de llevar a cabo con el noble pensamiento de fomentar el estudio de la Historia y arqueología gallega y dar un impulso favorable al desarrollo de las bellas artes en nuestro país.*

*El solo anuncio de este pensamiento es su verdadera recomendación, por lo tanto conociendo los sentimientos que siempre animaron a los dignos señores que forman ese Cabildo y sabiendo prácticamente que jamás rehúsan cooperar por su parte a cuanto se intenta en el sentido de ilustrar a Galicia, de cuyas glorias es ese Cabildo entusiasta, creo de mi deber remitir a V.E. dichas circulares para que los Señores que gusten asistir a la reunión puedan hacerlo.*

Es conocido el ambiente de estudio que se impulsaba en el momento, así como autores y obras que entonces o no mucho después salían a la palestra: Zepedano y Carnero, Villa-Amil y Castro, el propio Murguía o, por supuesto, Antonio López Ferreiro.

Estamos ya no en voluntad sino en deber de mantener tal tradición, y no por mera tradición sino por responsabilidad. Cuando la noticia se mezcla con el bulo y el tiempo real limita (y *quiere* hacerlo conscientemente) la reacción, la capacidad crítica del «pensar como historiador» traerá perspectiva: duda, sí, pero igual seguridad en quien lo use.

Cuando parece que la producción económica es el criterio único, el ingreso y movimiento de capital... algo va más allá. Ese *fomentar el estudio de la Historia* del que habla Murguía tiene afortunadamente hondo calado en el Archivo-Biblioteca de la Catedral, abierto siempre a todos, para todos, a cualquier consulta o petición de ayuda. El camino sigue y sigue.

*El solo anuncio de este pensamiento es su verdadera recomendación.*

Xosé M. Sánchez Sánchez



Síguenos en Facebook:

<https://www.facebook.com/ArchivoCatedralSC>